

La desigualdad mundial de la renta: qué es y por qué es importante¹

Branko Milanovic

Banco Mundial

Resumen. El trabajo presenta un resumen no-técnico de la situación actual del debate sobre las dimensiones y las implicaciones de la desigualdad global (la desigualdad entre los ciudadanos del mundo). Analiza las relaciones entre globalización y desigualdad global y señala la importancia de la desigualdad global para proponer finalmente un proyecto de redistribución global.

Palabras clave. Globalización, desigualdad global, ayuda.

Clasificación JEL. D31.

Abstract. The paper presents a non-technical summary of the current state of debate on the measurement and implications of global inequality (inequality between citizens of the world). It discusses the relationship between globalization and global inequality. It shows why global inequality matters and proposes a scheme for global redistribution.

Key words. globalization, global inequality, aid.

JEL classification. D31.

1. ¿Qué es la desigualdad global?

La desigualdad global es un tema de debate relativamente reciente. Los primeros cálculos sobre la desigualdad entre los ciudadanos del mundo se realizaron a comienzos de la década de los ochenta². Esto es debido a que para calcular la desigualdad global es necesario contar con información sobre la distribución de renta nacional (interna) de la mayor parte de los países del mundo, o al menos de los más poblados y ricos. Sin embargo, esta información sólo está disponible desde mediados de la década de los ochenta para China³, la Unión Soviética y sus repúblicas constituyentes, y para gran parte de África. Antes de que nos adentremos en un análisis de la desigualdad global, es conveniente situar el contexto describiendo de qué temas vamos a ocuparnos y de cuáles no. Resulta necesario detenerse en ello precisamente porque debido a la novedad del tema tratado la literatura utiliza a menudo términos iguales o similares para referirse a diferentes conceptos. En este sentido, es importante diferenciar entre la desigualdad de la renta media de los países (desigualdad entre países o *Concepto 1* de desigualdad, tal y como se denomina en Milanovic, 2005), la desigualdad en-

¹ Grupo de Investigación sobre el Desarrollo, Banco Mundial. Las opiniones expresadas son personales y no deberían atribuirse al Banco Mundial ni a cualquiera de sus organizaciones afiliadas. Me gustaría agradecer a Francisco Ferrerira, Jomo K. S. y Paul Segal por sus útiles comentarios. Traducción: Francisco Muñoz de Bustillo.

² Por Berry, Bourguignon y Morrisson (1983), y por Grosh y Nafziger (1986).

³ La primera encuesta de presupuestos familiares posterior a la Revolución Cultural en China fue realizada en 1978. Los primeros estudios rurales y urbanos estuvieron disponibles en 1980 y 1981, respectivamente (véase Ravallion y Chen, 2006, de próxima publicación, pág. 3).

tre la renta media de los países ponderada por su población (*Concepto 2* de desigualdad) y la desigualdad entre los individuos del mundo (*Concepto 3* de desigualdad).

El *Concepto 1* de desigualdad tiene que ver con la convergencia y la divergencia de los países y, aunque en sus inicios esta línea de trabajo se formulaba en términos de desigualdad (véase Baumol, 1986), la mayor parte de los trabajos más recientes utilizan regresiones entre países y convergencia⁴. En dichas regresiones cada país/año es una observación. Esta línea de investigación, que ha generado gran cantidad de literatura, es interesante por una serie de razones, pero tiene poco que decirnos sobre la desigualdad de ingresos entre los ciudadanos del mundo, básicamente porque los países tienen poblaciones de distinto tamaño. Por ello, un rápido incremento de la renta en un pequeño país pobre no tendrá las mismas repercusiones sobre la desigualdad global que el mismo incremento en la renta *per capita* de un país pobre y muy poblado.

El *Concepto 2* de desigualdad intenta tomar esto en cuenta ponderando cada país por su población. Es un enfoque natural y de bajo coste, ya que requiere conocer únicamente dos variables: los ingresos medios, que se aproximan mediante la renta interior bruta (RIB) *per capita*, y el tamaño de la población. Tales cálculos fueron realizados por vez primera por Kuznets en 1954 (véase Kuznets, 1965, pág. 162 y siguientes)⁵. Unos trece años más tarde, Kravis, Heston y Summers (1978) calcularon el *Concepto 2* de desigualdad del mundo no-socialista, como parte de su primer estudio sobre la paridad de poder adquisitivo. Existen dos razones que justifican la popularidad duradera de este enfoque (para ejemplos recientes, véanse Schultz, 1988; Boltho y Toniolo, 1999; Firebaugh, 2003). En primer lugar, el *Concepto 2* de desigualdad es el mayor componente de la desigualdad global. La desigualdad global está compuesta, por definición, por la desigualdad internacional ponderada por la población (*Concepto 2*) y la desigualdad debida a las diferencias de renta dentro de los países. Esta relación se muestra en las ecuaciones (1) y (2) con las que se calculan los coeficientes Gini y Theil, respectivamente, en donde y_i = renta *per capita* del país i , p_i = participación de la población del país i en el total de población mundial, π_i = participación del país i en la renta global total, n = número de países, G_i = coeficiente de Gini de la distribución nacional de renta, T_i = coeficiente de Theil de la distribución nacional de renta, y L = es el denominado componente solapado⁶. Como el componente que contabiliza las diferencias entre países es con mucho el mayor, responsable de entre dos tercios y tres cuartos de la desigualdad global (en función de qué medidas de desigualdad se escojan), el *Concepto 2* de desigualdad puede utilizarse como una aproximación al límite inferior de la desigualdad global. Por otra parte, se supone que sus movimientos siguen la trayectoria de los cambios en la desigualdad global. En segundo lugar, la cantidad de información necesaria para calcular el *Concepto 2* de desigualdad es modesta.

⁴ Parte del énfasis inicial en la desigualdad en vez de en los coeficientes, puede aún observarse en el uso de la convergencia sigma, donde sigma es la desviación estándar de los logaritmos de renta.

⁵ En el año 1949, Kuznets calculó un *Concepto 2* de desigualdad que abarcaba alrededor de una tercera parte de la población mundial.

⁶ El componente solapado representa el hecho de que alguien que viva en un país rico pueda percibir una renta inferior a alguien que viva en un país más pobre (y al revés). L se calcula como un residuo y por eso el índice de Gini no es, a diferencia del de Theil, perfectamente descomponible.

$$\text{Coeficiente Gini del Concepto 2} = \sum_{i=1}^n G_i p_i \pi_i + \underbrace{\frac{1}{\mu} \sum_i \sum_{j>i} (y_j - y_i) p_i p_j}_{\text{Concepto 2 Gini}} + L$$

$$\text{Coeficiente Theil del Concepto 3} = \sum_{i=1}^n p_i T_i + \underbrace{\sum_{i=1}^n \left(p_i \frac{y_i}{\mu} \right) \ln \frac{y_i}{\mu}}_{\text{Concepto 2 Theil}}$$

Lo que evidentemente no tiene en cuenta el *Concepto 2* de desigualdad son las desigualdades internas de cada país. Cuando calculamos el *Concepto 2* de desigualdad, asumimos implícitamente que cada individuo dentro de un país tiene los mismos ingresos *per capita* (y por tanto $G_i = T_i = L = 0$). Esta última hipótesis debe abandonarse si lo que queremos es calcular la «verdadera» desigualdad global entre individuos. Pero para abandonarla, es necesario tener acceso a las distribuciones de renta nacionales, disponibles únicamente a partir de las encuestas de presupuestos familiares o encuestas de hogares. Este «salto» cuantitativo produce una enorme diferencia en el volumen de datos necesarios para calcular el *Concepto 2* y para calcular el *Concepto 3* de desigualdad porque, idealmente, deberíamos tener acceso a las distribuciones de renta nacional de todos los países del mundo.

Esto nos lleva a la muy importante, aunque no suficientemente apreciada, diferencia entre los *Conceptos 2* y *3* de desigualdad. No se trata de una diferencia conceptual, sino de la elección de la medida de bienestar que vamos a aplicar. Veamos: el *Concepto 2* de desigualdad puede calcularse mediante la RIB *per capita* o mediante la media de la renta disponible extraída de las encuestas de hogares (EH). Sin embargo, casi nunca se calcula usando esta última porque la renta media de las encuestas de hogares es mucho más difícil de obtener que la información de la contabilidad nacional (CN). Por el contrario, el *Concepto 3* de desigualdad *tiene* que estar basado en las encuestas de hogares porque la única fuente de datos sobre la distribución son, como se ha mencionado anteriormente, los estudios de presupuestos familiares o encuestas de hogares. Ante la carencia de una encuesta de hogares de ámbito mundial, la opción más aceptable es combinar los estudios de cada país y utilizar los ingresos *per capita* disponibles o el consumo personal *per capita* como indicadores de bienestar.

Ahora, el problema es que por definición existe una diferencia entre la RIB procedente de la contabilidad nacional y la renta disponible procedente de las encuestas de hogares, y además ambas medidas han seguido recientemente tendencias diferentes en varios países importantes (véase Deaton, 2005). Por tanto, incluso si todas las demás variables fueran comparables, el cálculo del *Concepto 2* de desigualdad realizado mediante los datos de la contabilidad nacional sería diferente a su equivalente calculado en función de los datos extraídos de las encuestas de hogares, porque los indicadores de bienestar son distintos y porque últimamente han divergido por razones todavía no del todo claras⁷.

⁷ Este campo –la comprensión de por qué las medias obtenidas mediante datos de la contabilidad nacional y de las encuestas de hogares evolucionan de manera diferente– representa una de las áreas más importantes para futuras investigaciones. Debe reconocerse a Bhalla (2001) su insistencia, en ocasiones firme, en usar los datos de la contabilidad nacional para poner de relieve este asunto.

Este resumen tratará únicamente de la desigualdad global de ingresos, o *Concepto 3* de desigualdad⁸. El punto de partida más sencillo para hallar una estimación de la desigualdad global es calcular el *Concepto 2* de desigualdad usando datos de contabilidad nacional y combinarlo con la observación empírica de que las distribuciones de renta nacionales tienden a seguir un modelo (log-) normal. Una vez ahí, la única información adicional que se necesita es un coeficiente Gini o cualquier otra estadística de desigualdad resumida que describa la distribución nacional de renta. Están publicadas en diferentes compendios de coeficientes Gini, tales como las bases de datos WIDER, Deininger-Squire, etc⁹. Bajo el supuesto de una distribución log-normal de los ingresos, las estadísticas de desigualdad nos permiten conseguir una estimación de la varianza de cada distribución nacional. Una vez conocidas la varianza y la media, y bajo el supuesto de que la distribución se comporta como una distribución log-normal, podemos estimar la distribución completa, es decir, los ingresos de cada fractil. A partir de ahí es relativamente sencillo combinar estas distribuciones nacionales en una distribución única de alcance mundial, especialmente si se utiliza una medida de desigualdad completamente descomponible como el coeficiente Theil o la varianza de los logaritmos. Éste fue precisamente el sistema seguido por muchos de los primeros estudios de desigualdad global y alguno de los recientes (Berry, Bourguignon y Morrisson, 1983; Grosh y Nafziger, 1986; Quah, 1999; Schultze, 1998; Chotikapanich *et al.*, 1997). En ocasiones, este método puede mejorarse utilizando algo más de información que la que contiene el índice de Gini o el de Theil. Sala-i-Martin y Bhalla han usado quintilas de distribución de renta para conseguir una mejor comprensión de las distribuciones nacionales y con ella una estimación más exacta de la distribución global. Todos estos métodos pueden considerarse aproximaciones o *tatonnements* para estimar la distribución global.

Se trata de métodos bastante ingeniosos dado los mínimos requerimientos de información que precisan. Pero resultan muy «costosos» porque a menudo los resultados obtenidos son más el producto de los numerosos supuestos que se asumen, uno sobre otro, que de los propios datos. Se realizan multitud de supuestos simultáneamente (por ejemplo, que la distribución de cada país es log-normal; que la RIB *per capita* proporciona la renta media correcta y que su subestimación o sobrestimación en comparación con las encuestas de hogares afecta a pobres y ricos por igual) y es casi imposible detectar el impacto que cada uno de esos supuestos por separado tiene sobre los resultados. Además, como ni siquiera los datos mínimos requeridos (los índices de Gini nacionales) se producen anualmente, los autores tienen que realizar supuestos adicionales (por ejemplo, que la desigualdad nacional no cambia o que cambia de una manera determinada), así que, al final, la parte de los resultados producida por las diferentes asunciones puede superar ampliamente la parte basada

⁸ Y sobre la desigualdad global tradicionalmente definida como desigualdad en la renta relativa, no absoluta, usando medidas convencionales de desigualdad, como la curva de Lorenz, el Índice de Gini o el de Theil. El estudio de la desigualdad absoluta, sin embargo, tiene su propia utilidad (véanse Atkinson y Brandolini, 2004; Svedberg, 2003; Ravallion, 2004). Del mismo modo, la desigualdad de renta relativa producirá resultados ambiguos con el uso de diferentes parámetros de aversión a la desigualdad (que reflejan, en principio, diferentes juicios de bienestar), incluso cuando las estadísticas convencionales muestran un resultado claro (véase Cateau y Decoster, 2004, **Cuadro 5**).

⁹ Disponibles en <http://www.wider.unu.edu/wiid/wiid.htm> y <http://econ.worldbank.org>.

en los datos reales. Los mejores ejemplos recientes del uso de tales métodos, a menudo cálculos apenas disfrazados del *Concepto 2* de desigualdad, son los de Bhalla (2002) y Sala-i-Martin (2002). En los cálculos de Bhalla (2001) sobre desigualdad, sólo una de cada 24 distribuciones se basa en datos reales; 23 son «derivadas» de supuestos; en el trabajo de Sala-i-Martin (2002) la ratio es 1 distribución real por 4 distribuciones «derivadas»¹⁰.

En comparación con este método, la utilización directa de encuestas de hogares de tantos países del mundo como sea posible (idealmente todos) representa un salto descomunal. Esto es lo realizado por Milanovic (2002 y 2005) y el Banco Mundial (2005). En este caso, en principio la desigualdad global se calcula de la misma manera que se calcularía la desigualdad interna, no utilizando las cifras proporcionadas por la contabilidad nacional, sino por las encuestas. Otro salto significativo en esta línea de investigación ocurrirá cuando estas encuestas nacionales distintas sean homologadas o cuando se realice una única encuesta de ámbito mundial. Regresaremos a ello en el apartado 3. Ahora tenemos que detenernos brevemente en algunas cuestiones metodológicas que tienen realmente mucha importancia en este tipo de investigación, aunque no suelen recibir la atención que merecen.

2. Algunas cuestiones metodológicas

Comenzaremos por la pregunta más sencilla de todas: ¿a qué llamamos renta en los cálculos de desigualdad global? Como hemos visto, la mayor parte del trabajo anterior utilizaba datos procedentes de la contabilidad nacional, es decir, RIB *per capita* expresada en la misma moneda (dólares internacionales o de paridad de poder adquisitivo, PPA). Esto era así porque carecíamos de los datos de encuestas de hogares de muchos países del mundo (y cuando existían, los investigadores no podían acceder a ellos porque las instituciones estadísticas denegaban su acceso)¹¹. Existen en la actualidad tres fuentes principales de información mundial sobre RIB *per capita* de los países a lo largo del tiempo. Los datos que ofrece el Banco Mundial, disponibles en los Indicadores de Desarrollo Mundial del Banco Mundial (WDI), la información de Penn World Tables y la de Angus Maddison. La ventaja de utilizar la RIB *per capita* como «renta» es que su valor está relativamente exento de controversia, aunque a veces las tres fuentes no coincidan. Sabemos lo que significa la RIB *per capita* y sabemos que sus valores nos proporcionan unas rentas medias comúnmente aceptadas de todas las naciones¹².

El primer inconveniente de este sistema es que la RIB *per capita* no es, de manera reconocible, la «renta» de ningún individuo u hogar. La renta interior bruta incluye componen-

¹⁰ Para una crítica, véase Milanovic (2002a y 2005, págs. 119-127).

¹¹ Ése es todavía el caso de muchos países que se niegan a proporcionar los micro-datos a ninguna institución o individuo. Se trata de países muy diferentes, desde Argelia hasta Japón. Se produce así una situación paradójica en la que existen una serie de costosos estudios como las encuestas de hogares que, sin embargo, no pueden utilizarse a causa de políticas erróneas de las oficinas estadísticas de ciertos países. El asunto de la confidencialidad, con el que a veces justifican sus prácticas, es claramente falso, ya que ningún investigador puede nunca identificar los núcleos familiares participantes.

¹² No siempre ha sido así. Consideremos los problemas derivados de la conversión de la metodología de la contabilidad nacional de los países comunistas al sistema NAS, además del tema de la falsificación deliberada de estadísticas nacionales.

tes como la inversión empresarial de los beneficios retenidos, la acumulación de existencias, el gasto gubernamental en defensa, etc., que no forman parte de la renta familiar disponible, ni siquiera en su acepción más amplia. Por otra parte, la sanidad y la educación de financiación pública forman parte de la RIB *per capita* pero no se incluyen en la renta familiar disponible *per capita* a menos que se consiga imputar estos valores a hogares individuales, según la información recogida en la encuesta sobre asistencia a clase y uso de servicios médicos (lo que es casi imposible en un contexto de múltiples países).

Otro inconveniente es que la combinación del uso de RIB *per capita* con ciertas estadísticas distributivas (para reflejar la distribución nacional de la renta) introduce una mezcla de dos agregados extraídos de diferentes fuentes y esta «mezcla» no actúa de forma neutral sobre las distribuciones. Por un lado, estamos usando la RIB *per capita* del país y «por otro» estamos aplicando a esta media parámetros distributivos procedentes de la renta disponible extraída de encuestas de hogares¹³. Ya se ha explicado que ambos instrumentos son diferentes por definición. Pero además, ese ajuste no tiene un comportamiento neutral hacia la distribución. Sabemos que las encuestas tienden a subregistrar las rentas de capital o a subrepresentar a las personas ricas (véase Mitiaen y Ravallion, 2003)¹⁴. Por tanto, si nos limitamos a incrementar las rentas según un determinado parámetro, reduciremos el valor de la pobreza por debajo de la realidad y subestimaremos la desigualdad¹⁵. Cuando aplicamos a una distribución basada en las encuestas una media diferente (RIB *per capita*), estamos implícitamente asignando la diferencia entre el RIB *per capita* y la renta disponible de las encuestas en todos los núcleos familiares (más exactamente, en proporción a la renta familiar citada). La renta de las personas pobres se incrementa en la misma proporción que la de los ricos. Pero si la mayor parte de la diferencia entre ambos conceptos se debe a ingresos no declarados de los ricos, este sistema hincha artificialmente los ingresos de los pobres.

Ahora bien, los ingresos que perciben los ricos que constituyen la parte principal de la diferencia entre RIB y renta disponible son de dos tipos: primero, la parte correspondiente de la sanidad y educación públicas, de los beneficios empresariales, etc., consumidos por los ricos pero también por las clases medias y algunos pobres en los países *ricos*¹⁶; y segun-

¹³ La diferencia en cobertura y definición entre contabilidad nacional y encuestas significa que, incluso si todo estuviera perfectamente medido, sería incorrecto aplicar medidas de desigualdad o distributivas, procedentes de las encuestas que miden una cosa, y medias extraídas de la contabilidad nacional, que miden otras (Deaton, 2003, pág. 35).

¹⁴ Es bien sabido que las rentas derivadas de la propiedad están muy subestimadas en las encuestas de hogares (incluso dejando de lado el hecho de que la mayor parte de los sondeos simplemente no incluyen las ganancias de capital). Concialdi (1997, pág. 261) afirma que las mejores encuestas disponibles de hogares franceses subestiman las rentas de capital en torno al 40 por ciento. Wagner y Grabka (1999) estiman que las rentas de capital alemanas están subestimadas casi un 50 por ciento en comparación con los datos procedentes de la contabilidad nacional. Según Ishizaki (1985), en Japón sólo el 12 por ciento de las rentas de la propiedad son «recogidas» en las encuestas de hogares (citado en Bauser y Mason, 1992, pág. 407).

¹⁵ Hablamos de incrementar en lugar de reducir, porque generalmente el RIB *per capita* es mayor que la renta disponible de las encuestas de hogares.

¹⁶ Las rentas familiares disponibles extraídas de encuestas de países del Este de Europa equivalen a, aproximadamente, el 60 por ciento de la RIB. El grueso de dicha diferencia se explica por el consumo de sanidad y educación. La cuota de RIB correspondiente a la sanidad y la educación de financiación pública es mucho menor en los países pobres.

do, los ingresos de las personas ricas que no son registrados en las encuestas de cada país concreto (por ejemplo, las rentas de propiedad). Todos los perceptores reales de dichas rentas son globalmente ricos porque la clase media, e incluso los pobres del mundo rico, se encuentran en la quinta superior de la distribución global de la renta, pero la diferencia entre ambos agregados no se reparte equilibradamente: parte de ella se imputa a los pobres de los países pobres, quienes, como sabemos, no reciben nada.

Pensemos en el siguiente ejemplo. Establezcamos la línea de pobreza en 1 dólar PPA *per capita* al día. Supongamos que los ingresos disponibles *per capita* de diferentes grupos de pobres de la India sean 0,75 \$PPA, 0,80 \$PPA y 0,85 \$PPA. Ahora supongamos (lo cual es muy realista) que la RIB de la India es un 35 por ciento superior a la renta disponible. Sabemos que la mayor parte de ese 35 por ciento es percibida por los ricos, sea porque se benefician de la sanidad y educación de financiación pública o porque no declaran fielmente sus ingresos derivados de la propiedad. Lo que algunos autores hacen (especialmente Sala-i-Martin, 2002 y Bhalla, 2002) es multiplicar los ingresos de los pobres por el factor 1,35. De repente ya no hay ningún pobre: ¡han cruzado todos ellos el umbral de la pobreza!¹⁷

Pero aunque decidamos que la «renta» en los estudios globales debería ser el mismo concepto que en los estudios nacionales sobre desigualdad –es decir, la renta disponible de las encuestas de hogares– el problema no termina de solucionarse. Las definiciones de renta de las encuestas nacionales son muy distintas, y cuantos más países incluimos mayores son las diferencias. Se ha realizado un tremendo esfuerzo, dirigido por Luxembourg Income Study, para homogeneizar las definiciones nacionales. El Banco Mundial está acometiendo un proyecto similar mediante la utilización de Encuestas de Medición del Nivel de Vida. Pero la estandarización sólo cubre una pequeña parte de países y de encuestas. Las mayores diferencias surgen en el tratamiento de la renta del autoempleo (¿qué son gastos de empresa para los trabajadores autónomos?), la valoración del consumo familiar incluyendo la ocupación de la propia vivienda¹⁸, el tratamiento de los beneficios sanitarios y educativos de acceso público y el uso de topes superiores para registrar los ingresos máximos (todas las rentas por encima de determinado nivel se registran iguales a ese nivel)¹⁹. Las diferencias en el tratamiento de estas categorías no tienen la misma importancia en todos los países y en los diferentes niveles de desarrollo. En los países pobres, el mayor problema es el que presenta la valoración del consumo propio y de los ingresos por autoempleo, que puede incrementar los ingresos individuales por un factor de 2 o más; en los países ricos, lo más complicado es valorar los beneficios de la sanidad y la educación públicas. Los ingresos disponibles suecos son muy diferentes según se incluyan éstos o no. En los países con individuos exageradamente ricos el problema lo supone la subestimación de las rentas de capital.

¹⁷ Sobre otros peligros del uso de medias procedentes de la contabilidad nacional y distribuciones de las encuestas de hogares, véanse Ravallion (2000), Deaton y Dreze (2002) y Deaton (2003).

¹⁸ Por ejemplo, en 1990 la oficina de estadística de China cambió la valoración de la producción de grano de los hogares rurales del precio oficial marcado por el Estado al precio de mercado. Esto provocó un gran cambio en los cálculos de la tasa de pobreza y una discontinuidad en la serie de los ingresos medios rurales.

¹⁹ Por ejemplo, la Encuesta de Población Actual de Estados Unidos pone un tope máximo para las rentas del capital y los salarios muy elevados. Igualmente, la máxima ganancia de capital que puede registrarse en la encuesta es de 149.999 dólares por unidad familiar al año.

Pero no existe ningún consenso sobre si la «renta» de los estudios sobre desigualdad global debiera ser la que es. Muchas personas piensan que en lugar de estudiar la renta deberíamos estudiar los gastos o el consumo como verdadero indicador del nivel de vida. El debate refleja la discusiones que se libran en los diferentes países porque es evidente que la desigualdad puede medirse en términos de ingresos (renta) o de consumo (gastos). En el caso de la desigualdad global, este debate se ve acrecentado porque las encuestas de hogares de muchos países sólo preguntan sobre ingresos, mientras que las de otros preguntan sólo sobre gastos o sobre ambos. Por tal motivo, los estudios sobre desigualdad global se ven obligados a hacer lo que evitan hacer los estudios nacionales, es decir, mezclar la información de encuestas de hogares que utilizan dos conceptos diferentes de «renta»: los ingresos disponibles y el consumo. Esto introduce un error cuya dirección y magnitud no puede estimarse. Aunque en los últimos años se ha producido una tendencia hacia el uso de medidas de consumo (gracias, entre otros, a los esfuerzos del Banco Mundial y la influencia que ejerce en la elección de instrumentos de estudio en los antiguos países comunistas y en África), todavía nos encontramos muy lejos de la unanimidad en este tema. En el estudio sobre desigualdad global basado en los datos del año de referencia 1998, Milanovic (2005, pág. 104) utilizó 63 instrumentos de consumo y 59 instrumentos de ingresos. Esto representa un importante incremento en el uso de instrumentos de consumo comparado con diez años antes (80 distribuciones basadas en ingresos y 22 basadas en consumo), pero para alguno de los países más importantes, como China, aún dependemos completamente de información sobre ingresos. Si hubiera que aventurar una conjetura, podríamos adivinar una tendencia hacia un mayor uso del consumo *per capita* por unidad familiar como indicador de bienestar. Aunque esto sea defendible desde un punto de vista estrictamente metodológico, suscitará una serie de cuestiones sobre posibilidad de comparación, ya que la mayor parte de las estadísticas históricas de distribución de la renta (por ejemplo, en Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania) están basadas en los ingresos. Por ello es preciso valorar si las mejoras cualitativas y metodológicas en los estudios de la distribución actual de la renta son tan importantes como para justificar la aparición de discontinuidades en las series históricas disponibles.

Después de los problemas relacionados con la elección del indicador de bienestar apropiado, parece que debería ser más sencillo tratar con otras cuestiones metodológicas. Así es. Sea cual sea la «renta», ésta debería expresarse en términos *per capita* y debería ser igual para los miembros de un núcleo familiar u hogar. Esto significa que las dos cuestiones que suelen ser objeto de debate en los estudios sobre desigualdad nacional aquí quedan «resueltas»: la cuestión de las escalas de equivalencia y la desigualdad interna del hogar. Quedan «resueltas» porque al nivel actual de desarrollo estadístico sencillamente no hay manera de contabilizar las economías de escala entre diferentes países. La principal razón es que las economías de escala dependen de los precios relativos de los bienes públicos y privados (si la vivienda es muy barata, las economías de escala serán pequeñas) y difieren sistemáticamente entre los países pobres y ricos²⁰. Hasta que conozcamos mejor los precios relati-

²⁰ Véase Lanjouv, Lanjouv, Milanovic y Paternostro (2004).

vos de los bienes públicos y privados²¹, no podemos realizar ajustes internacionales para unidades equivalentes. La utilización de una única escala de equivalencia para todos los países del mundo resultaría mucho más arbitraria que el uso de los cálculos *per capita*. Del mismo modo, carecemos de cualquier información sobre desigualdades internas en el núcleo familiar²².

Otra de las cuestiones sobre las que hay unanimidad es que cualquiera que sea la «renta», necesita ajustarse con el nivel relativo de precios del país. Es decir, necesitamos usar las tasas de cambio de paridad de poder adquisitivo (PPA) para transformar las monedas nacionales en dólares internacionales. Por supuesto que, idealmente, sería preferible un ajuste más preciso por el cual, al menos en algunos grandes países cuyos mercados no están completamente integrados, las tasas de cambio de PPA fueran diferentes según las diferentes partes del país (por ejemplo, se estima que el nivel de precios en la provincia china más rica es un 76 por ciento más elevado que en la más pobre; véase Brandt y Holz, 2006). Otra cuestión es que los precios relativos a los que se enfrentan los distintos sectores de la distribución de la renta no son los mismos. Según Pogge y Reddy (2002), los precios relativos de los alimentos que tienen que asumir los pobres en los países pobres son más altos de lo que se supone cuando se utiliza una única PPA para todo el consumo²³. Los precios de los alimentos son los que marcan la diferencia para los pobres y el uso de un índice de precios general (más bajo) infla artificialmente los ingresos de los pobres en la India o en cualquiera de los países pobres²⁴. Pogge y Reddy abogan por un proyecto entre países similar al dirigido por el Proyecto para la Comparación Internacional del Banco Mundial, que establecería PPA relevantes para los más modestos, especialmente para los alimentos y la cesta de la compra consumida por los pobres de todo el mundo. Pero mientras no dispongamos de una PPA interna (provincial) y una PPA diferenciada según la clase de renta, estaremos obligados a usar una única tasa de paridad de poder adquisitivo por país.

3. ¿Qué magnitud tiene la desigualdad mundial?

Existe un consenso generalizado sobre la magnitud de la desigualdad global y existe una falta de acuerdo generalizado sobre la dirección del cambio reciente de la desigualdad global. El **Cuadro 1** muestra los resultados sobre desigualdad global obtenidos por una se-

²¹ Así como los precios relativos de los bienes de los niños frente a los de los adultos, si quisiéramos ajustar la composición del núcleo familiar (y no sólo el tamaño de la familia).

²² No obstante, Schultz (1998) intenta contabilizar la desigualdad intra-familiar utilizando la brecha de género en la escolarización (en cada país) para estimar las diferencias de género en los ingresos en el ámbito del hogar.

²³ Lo que quiere decir esta frase es que la ratio entre los precios de los alimentos consumidos por los pobres en Indonesia, por ejemplo, y los precios de esos mismos alimentos en Estados Unidos es mayor que la ratio entre el nivel general de precios de la India y el de Estados Unidos.

²⁴ La razón por la que se produce una sobrestimación de renta es la siguiente. La ponderación de los bienes y servicios en la cesta de la compra «mundial» se ve muy influida por los precios y la estructura de consumo de los países ricos, que obviamente son los mayores consumidores. Por ello, el consumo relativamente elevado de servicios en los países pobres (donde son más baratos), evaluado según unos precios «mundiales» mucho más elevados, tiende a mostrar la renta de los países pobres (y de las personas pobres) mayor de lo que «realmente» es. Una manera posible de ajustar esta falsa percepción sería abandonar la utilización habitual del índice de Geary-Khamis, que actúa como acaba de explicarse, y aplicar índices de precios más «neutrales» (el Afriat o el EKS) en los que la influencia de los países ricos es menor (véase Dowrick y Akmal, 2001).

rie de autores que utilizan técnicas bastante diferentes; la mayor parte de ellos mezclan información procedente de la contabilidad nacional (que utiliza la RIB *per capita* como renta media) e información procedente de las encuestas de hogares y solamente unos cuantos utilizan las encuestas de hogares directamente. No obstante, en todos los estudios los receptores son individuos (la desigualdad se expresa en términos *per capita*) y las rentas nacionales son convertidas en dólares internacionales (\$PPA) aunque las tasas de cambio para éstos puedan ser calculadas según diferentes procedimientos. Todos los valores Gini para la década de los noventa, exceptuando los dos extremos (61 y 71) se encuentran dentro de un espectro relativamente estrecho, entre 63 y 68. La similitud de los resultados es incluso más notable cuando somos conscientes de que los errores estándar de dichas estimaciones están entre los 2 y los 3 puntos Gini²⁵, y por consiguiente la mayor parte de las estimaciones se encuentran en el margen de un error estándar.

No existe unanimidad sobre el sentido del cambio, cuando comparamos los resultados de la década de los ochenta y de la década de los noventa. Sala-i-Martin y Bhalla sostienen que la desigualdad global ha disminuido entre 3 y 4 puntos Gini, usando metodologías muy similares. Dikhonov y Ward, así como Bourguignon y Morrison, detectan un incremento de 1 punto Gini. La conclusión de Sutcliffe es que no ha habido cambios y Milanovic detecta un incremento de 3 puntos Gini entre 1988 y 1993, seguido por una disminución de 1 punto Gini en los siguientes cinco años²⁶. Sus cálculos más recientes (aún no publicados) para 2002 muestran otro ligero incremento en torno a 1 punto Gini. Así pues, según Milanovic se avanza en zigzag. Estos cambios bruscos se deben a que a comienzos de los noventa tanto el lento crecimiento de los ingresos rurales de China y la India como el fracaso económico de la Europa del Este contribuyeron a la desigualdad global. Cuando ambos acontecimientos se invirtieron en el siguiente período de cinco años, la desigualdad global se redujo. Pero se trata de zigzags producidos por acontecimientos económicos específicos que tuvieron lugar en los países grandes, no de una tendencia.

La falta de unanimidad sobre los cambios, y el desacuerdo sobre si existe o no algún tipo de tendencia, proceden no sólo de las diferentes metodologías empleadas sino, curiosamente, también de resultados muy similares obtenidos por diversos autores en relación con el *nivel* general de desigualdad. La razón es la siguiente. Las diferentes metodologías producen niveles de desigualdad similares, pero despiertan no poca controversia a causa de los problemas creados por el uso de los indicadores. Las diferentes rentas medias, obtenidas de las encuestas o de la contabilidad nacional, no se elaboran de forma consistente y las principales fuentes de información difieren entre ellas. El cálculo del *Concepto 2* de desigualdad mediante la RIB *per capita* –la medida que parece levantar menos controversia– extraída de

²⁵ Es preciso ser prudente en la interpretación del error estándar. Los errores estándar se calculan usando técnicas simples, que básicamente muestran lo sensible que es el coeficiente Gini ante cambios en una observación (Milanovic, 2002). Estos resultados no incluyen ninguna información sobre la fiabilidad de las distribuciones de renta nacional implícitas (es decir, sobre la exactitud de la medición de las rentas).

²⁶ El Informe sobre el Desarrollo Mundial 2006 del Banco Mundial utiliza la desviación logarítmica promedio como medida de desigualdad global. Considera que se ha producido un descenso de 0,87 a 0,82 puntos Gini entre 1984 y 2000 (véase World Bank 2005, pág. 64).

las estadísticas del Banco Mundial o de las series estadísticas de Maddison difiere en varios puntos Gini. Esto se debe a que, como señalaba Sutcliffe (2003), los datos de Maddison incluyen estimaciones de una serie de países devastados o «excluidos», como Sudán, Afganistán, el Congo, Cuba, Corea del Norte, etc., que son indefectiblemente pobres y no están incluidos en las bases de datos del Banco Mundial. Además, las tasas de crecimiento de Maddison para China son inferiores a las oficiales y a las que emplea el Banco Mundial. Por tanto, no resulta sorprendente que cuando se superponen las distribuciones nacionales sobre uno u otro conjunto de RIB *per capita* para elaborar la desigualdad global, la elección de la fuente de datos de la RIB influya claramente en el resultado final²⁷.

La información sobre la distribución de la renta, especialmente cuando se extrapola de quintilas o de coeficientes Gini, provoca aún más controversia. Por si fuera poco, debido a la ausencia de datos sobre distribución de ingresos en muchos países, algunos autores (como Bhalla y Sala-i-Martin) recurren a supuestos muy dudosos, asumiendo por ejemplo que las distribuciones de ingresos no cambian en el tiempo o cambian de una manera (lineal) determinada o incluso que todas las personas de un país perciben la misma renta. Esta miríada de asunciones y errores de medida en muchos casos no tienden a sesgar los resultados en una sola dirección, sino que probablemente se contrarrestan mutuamente, produciendo niveles relativamente similares de desigualdad. Pero cuando se vuelve a estimar la desigualdad global para otro año, aunque el nivel apenas cambie, es probable que el resultado (al menos a cuenta del error de cálculo) sea ligeramente diferente. Y es esa ligera diferencia la que se interpreta como una prueba del cambio o, en algunos casos, incluso como una tendencia.

¿Qué magnitud tiene un Índice de Gini de 65? Es una cifra superior a la desigualdad interna de cualquier país concreto, incluyendo a Brasil y Sudáfrica, dos de los países con mayores desigualdades del mundo, cuyos índices de Gini están entre los cincuenta y muchos y los sesenta y pocos. Sin embargo, el Índice de Gini no proporciona un conocimiento intuitivo de las dimensiones de la desigualdad global. Una manera mejor de observarlo es considerar el modo en que se distribuye la gran tarta a lo largo de los diferentes fractiles de la distribución. Por ejemplo, el 5 por ciento superior de los individuos del mundo percibe alrededor de un tercio de la renta mundial (valorada en PPA), y el 10 por ciento de los individuos la mitad. Si nos trasladamos al 5 y 10 por ciento inferiores, perciben, respectivamente, el 0,2 y el 0,7 por ciento de la renta mundial total. Esto significa que la ratio entre la renta media del 5 por ciento más rico y el 5 por ciento más pobre del mundo es de 165 a 1²⁸. Las personas más ricas ganan en 48 horas tanto como los más pobres en un año.

Otra cuestión importante es averiguar qué parte de la desigualdad global se debe a la diferencia entre los ingresos medios de los países y qué parte a las diferencias de ingresos dentro de cada país. Alrededor del 70 por ciento de la desigualdad global «se explica» por

²⁷ Por ejemplo, el *Concepto 2* de desigualdad elaborado con los datos de RIB *per capita* de 138 países del Banco Mundial muestra un descenso de 3 puntos Gini entre 1985 y 2000. El mismo concepto calculado con los datos de Maddison para el mismo período y unos 160 países muestra una reducción de sólo un punto Gini (estimaciones no publicadas del autor).

²⁸ Cálculos basados en Milanovic (2005).

diferencias en los ingresos medios de los distintos países. Esta característica muestra una brusca inversión de la situación existente en el tiempo de la Revolución Industrial, cuando más de la mitad de la desigualdad global estimada (muy extrema, por cierto) se debía a las diferencias de renta dentro del propio país (véase Bourguignon y Morrison, 2002)²⁹. Luego, si lo comparamos con la actualidad, las diferencias entre los ingresos medios de los distintos países eran relativamente pequeñas. En 1870, por ejemplo, la RIB *per capita* media (no ponderada) de los diez países más ricos era 6 veces superior a la RIB *per capita* media (no ponderada) de los diez países más pobres. En 2002 esa ratio era de 42 a 1³⁰.

Aunque la desigualdad entre países sea el componente mayor de la desigualdad internacional, el elemento solapado de las distribuciones de los países (es decir, las personas de un país pobre más acomodadas que algunas personas de un país rico) tampoco es despreciable³¹. Esto queda ilustrado por la **Figura 1**, que registra la posición de cada 5 por ciento (ventila) de las distribuciones de diferentes países en la distribución global. Analicemos la línea que representa a Francia; calculamos los ingresos medios (en dólares internacionales) de cada ventila francesa –en el eje horizontal– desde la inferior (la primera) a la superior y luego averiguamos sus posiciones en la distribución de ingresos global. Como puede verse, el 5 por ciento más pobre de los franceses tiene unos ingresos medios que les sitúan en el percentil 72º de la distribución de la renta mundial; el 5 por ciento más rico percibe unos ingresos que le sitúan en el percentil más alto del mundo. Por tanto, la distribución de renta francesa abarca el espectro situado entre el percentil 72º y el 100º del mundo. Veamos ahora la situación de la Indonesia rural, en la parte inferior del diagrama. En este caso, abarca un espectro que cubre desde el 4º percentil hasta el 56º de la distribución mundial. Ambas distribuciones (la francesa y la indonésica rural) no se solapan en absoluto³². Pero el caso cambia cuando comparamos Francia y Brasil: más de una tercera parte de todos los brasileños son más ricos que el 5 por ciento más pobre de franceses³³.

²⁹ Se trata de una estimación basada en la descomposición del coeficiente Theil entre la desigualdad debida a las diferencias de renta de seis grupos de países (África; Asia; Japón, Corea y Taiwán; América Latina; Europa del este; y Europa Occidental y sus ramificaciones) y la desigualdad interna de esos grupos de países. Como no existe información sobre las distribuciones de renta de la mayoría de los países del mundo con anterioridad a 1950, Bourguignon y Morrison realizan la estimación en unos cuantos países seleccionados y «transfieren» la misma distribución a otros países del grupo. El componente de desigualdad «entre grupos de países» es responsable para ellos del 30 por ciento de la desigualdad global. Es evidente que si hubieran tenido información sobre las distribuciones de todos los países, dicho componente habría sido mayor. Sin embargo, no es probable que hubiera excedido el 50 por ciento de la desigualdad.

³⁰ Ambas ratios calculadas a partir de los datos de Maddison (2004).

³¹ Hay que señalar que en un mundo con grandes diferencias de renta entre países y pequeñas diferencias internas en cada país, no habría ningún elemento solapado, y el 100 por ciento de la desigualdad global estaría «motivado» por diferencias entre naciones.

³² Esto es así, evidentemente, en relación con las ventilas. Es posible, incluso probable, que algunos individuos de la Indonesia rural sean más ricos que algunos individuos en Francia. Si el análisis se hiciera en términos de percentiles, en lugar de ventilas, habría cierto solapamiento, aunque sería mínimo.

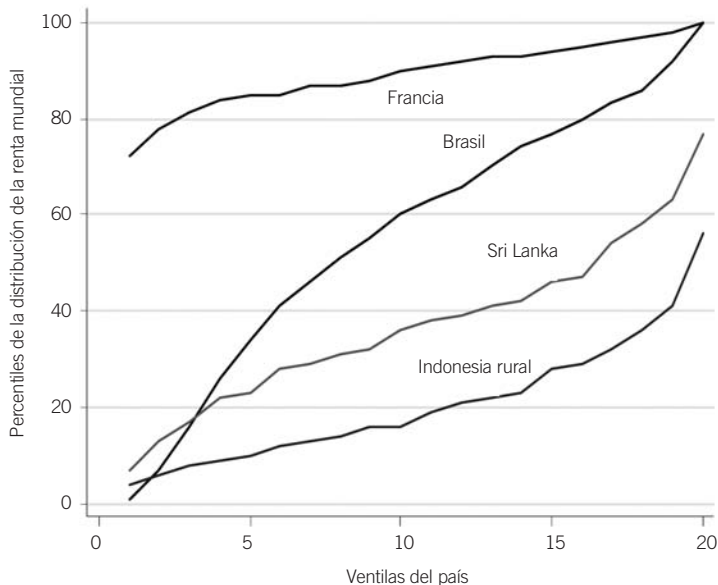
³³ Incluso aunque dentro de cada ventila *específica* la renta de los franceses sea superior a la de los brasileños. La última afirmación quiere decir que la distribución de renta francesa es dominante de primer orden sobre la distribución brasileña (como lo es la de Sri Lanka sobre la indonésica, por ejemplo), aunque las distribuciones francesa y brasileña se solapan (al contrario que la francesa y la indonésica rural).

El diagrama ilustra no sólo que la desigualdad debida a las distribuciones internas de cada país sigue siendo significativa y que los países no son entidades homogéneas compuestas exclusivamente por personas ricas o personas pobres, sino que además tendrá consecuencias prácticas cuando hablemos de las transferencias globales (véase apartado 5). En pocas palabras, si se realizara una transferencia de un país de renta media rica a un país de renta media pobre y no conociéramos de antemano a sus beneficiarios, un vistazo a la figura 1 nos convencería rápidamente de la necesidad de tomar muy en serio la distribución de la renta del país receptor. La razón es que la probabilidad de que el dinero donado por un ciudadano francés terminara en los bolsillos de alguien más rico que él mismo es mayor si el dinero se transfiere de Francia a Brasil que si se transfiere de Francia a la Indonesia rural. Pero regresaremos a este asunto más adelante (véase **Figura 1** y **Cuadro 1**).

4. ¿Existe alguna relación entre globalización y desigualdad?

Suele asumirse implícitamente que los cambios en la desigualdad global pueden servirnos para interpretar si la globalización contribuye a ensanchar o a reducir las diferencias de renta entre individuos en el mundo³⁴. Aunque esto sea cierto de manera muy abstracta, el vínculo causal entre globalización y desigualdad global es muy difícil de trazar. Para de-

Figura 1. Posición de las ventilas de diferentes países en la distribución global de la renta



³⁴ Con gran frecuencia se define a la globalización en función de dos variables de producción: mayor participación del comercio en la RIB y mayor participación de la inversión extranjera directa en la RIB. Esto resulta bastante aceptable cuando la desigualdad de renta es la variable dependiente, ya que la desigualdad varía en respuesta a los resultados (mayor o menor comercio). Pero la globalización podría también definirse en términos programáticos (por ejemplo, menores barreras comerciales).

mostrarlo, vamos a considerar diferentes maneras en que la globalización afecta a la desigualdad entre individuos en el mundo³⁵.

La primera vía de exploración nos lleva a analizar los efectos de la globalización sobre las distribuciones internas de renta. Como cabría esperar por la teoría económica, el efecto varía de los países ricos a los países pobres. En el mundo simplificado de Heckscher-Ohlin, la globalización incrementaría la demanda y el salario de mano de obra poco cualificada en los países pobres y los salarios de los trabajadores altamente cualificados del mundo rico. En consecuencia, podría esperarse que la distribución de la renta de los países pobres «mejorara» y que la de los países ricos «empeorara». Sin embargo, esta teoría no resulta en consonancia con lo observado en los últimos veinte años, cuando las distribuciones tanto de los países pobres, como de los de renta media o los ricos, han tendido hacia la desigualdad (Cornia y Kiiski, 2001). Se trata de un tema muy estudiado últimamente y que continúa siendo objeto de un intenso debate: ¿es responsable la apertura del aumento en la diferencia salarial y de renta en Estados Unidos? ¿Puede asociarse la apertura con el aumento de la desigualdad de ingresos en los países pobres? Por ejemplo, Milanovic (2005) y Ravallion (2001) creen que la apertura puede asociarse con la creciente desigualdad en los países pobres y con la menor desigualdad en los países ricos, mientras que Dollar y Kraay (2002) afirman que no existe ningún efecto sistemático de la apertura sobre la desigualdad³⁶.

Cuadro 1. *Desigualdad global (en puntos Gini) en la década de los noventa, según diversos autores*

Autor	Año	Valor Gini	Renta nacional media según:	Distribuciones de la renta nacional según:
Milanovic (2005)	1993	66	Encuestas de hogares	Encuestas de hogares (EH)
Milanovic (2005)	1998	65	Encuestas de hogares	Encuestas de hogares
Bourguignon y Morrison (2002)	Década de los noventa	66	RIB (Maddison)	Estimaciones de encuestas de hogares
Sala-i-Martin (2002)	1998	61	RIB (Penn World Tables)	Gini y quintilas de EH
Bhalla (2001)	2000	65	RIB (Penn World Tables y WDI)	Gini y quintilas de EH
Dikhanov y Ward (2001)	1999	68	Consumo nacional (WDI)	Gini y quintilas de EH
Dowrick y Akmal (2001)	1993	71	RIB	Gini y quintilas de EH
Sutcliffe (2003)	2000	63	RIB (Maddison)	Gini y quintilas de EH
Chotikapanich et al. (1997)	1990	65	RIB (Penn World Tables)	Gini de EH

Nota: EH=encuestas de hogares; RIB= renta interior bruta; WDI= Indicadores de desarrollo del mundo (Banco Mundial).

³⁵ El objetivo aquí no es repasar la inmensa literatura existente en cualquiera de estas áreas sino simplemente hacer un breve bosquejo de las cuestiones y de los acuerdos y desacuerdos básicos al respecto.

³⁶ Para un repaso de la literatura al respecto, véanse Winters, McCulloch y McKay (2004) y Milanovic (2005a). El papel que desempeña el comercio en el incremento de las diferencias salariales en los países ricos está sujeto a una voluminosa controversia (para algunos ejemplos, véanse Frenan, 1995; y Slaughter, 1999).

Además, y ésta es la segunda vía, la globalización puede afectar de manera diferente la renta media de los países ricos y de los países pobres; es decir, puede producir divergencia o convergencia en las rentas de los países. Tampoco existe unanimidad en este punto. La mayor parte de los autores opinan que la apertura se asocia positivamente con el crecimiento de la renta media (Balassa, 1985; Edwards, 1998), pero algunos afirman que su efecto es más fuerte en los países pobres (Sachs y Warner, 1997; World Bank, 2002), mientras otros creen que la recompensa de la apertura de los últimos veinte años ha sido mayor para los países ricos que para los pobres (DeLong y Dowrick, 2003; Dowrick y Golley, 2004)³⁷. El primer grupo de autores esperaba que la apertura contribuyera a reducir las diferencias en las rentas medias nacionales, por lo que tienen que justificar la divergencia observada entre dichas rentas medias por la falta de apertura de los países rezagados. Para el segundo grupo de autores, la divergencia es una indicación de que los efectos de la apertura pueden cambiar con el tiempo y que, aunque al final resulte positiva para todos, pueden exacerbar la desigualdad entre países.

En tercer lugar, la globalización puede tener distintas consecuencias para los países muy poblados y para los pequeños. Esta área ha sido poco estudiada excepto en el contexto de los más bien escasos (en alcance y en número) estudios sobre la economía de las pequeñas islas. Aun así es posible imaginar que la globalización tenga diferentes actuaciones en países muy poblados y con grandes mercados internos, en pequeños enclaves como Hong Kong, Singapur o Luxemburgo, o en países de mediano tamaño.

Por último, quizás lo más importante sea que el efecto de la globalización sobre la desigualdad global dependerá de la historia, de si los países más poblados resultan ser ricos o pobres en determinado momento temporal. Para entenderlo, supongamos por un momento que la globalización tuviera un impacto positivo sobre las tasas de crecimiento de los países pobres y muy poblados y que no afectara a las distribuciones de la renta nacional. En la actual constelación de las rentas mundiales (véase la **Figura 2**), esto significaría que China y la India alcanzarían al mundo rico sin que sus distribuciones internas cambiaran y que la desigualdad global tendería a reducirse³⁸. Se produciría tanto una convergencia de las rentas medias como una reducción de la desigualdad global. Pero vamos a separar a los países pobres de los populosos. Supongamos que China y la India fueran ricas (y aun populosas) y que la mayoría de los países pobres fueran relativamente pequeños. En este caso, continuaría la convergencia de las rentas medias pero su efecto sobre la desigualdad global sería ambiguo. China y la India se beneficiarían de las ventajas de la globalización para los grandes, pero al ser ricas la globalización les aportaría menos beneficios a ellas que

³⁷ Según ellos, los países pobres resultaron más beneficiados de la apertura durante el período 1960-1980, pero la situación se invirtió en los últimos veinte años. Para algunas especulaciones sobre las posibles causas del cambio, véase Dowrick y Golley, 2004, pág. 53.

³⁸ Nos referimos a los efectos en un solo momento temporal. Los cambios independientes en la población pueden producir sus propias transformaciones de la desigualdad global, ya que afectan a la ponderación de las estadísticas de desigualdad. Por ejemplo, el impacto de China sobre la desigualdad global puede descomponerse entre el crecimiento de la renta *per capita* y las consecuencias del crecimiento de población. Jiang (2006) considera que una tercera parte de la contribución china a la reducción de la desigualdad global se debe a su crecimiento poblacional.

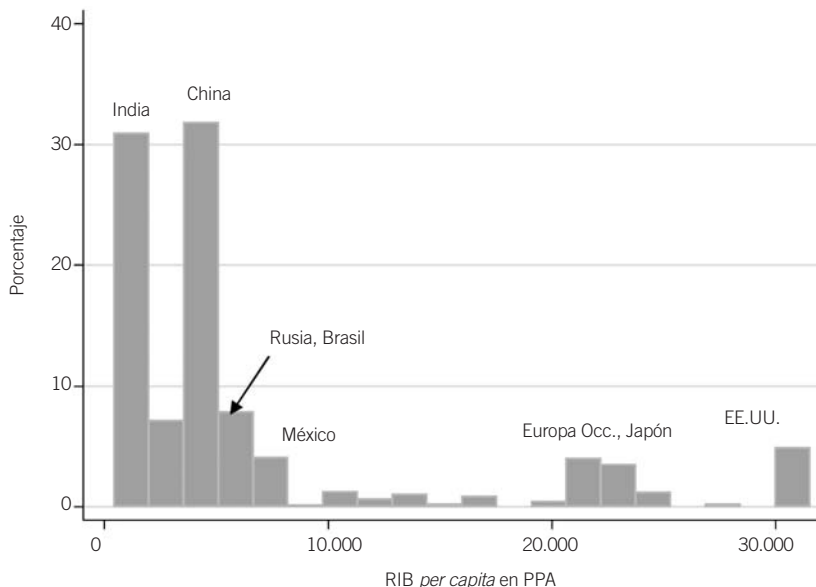
a los países pobres. Estos dos efectos actuarían en direcciones contrapuestas y la desigualdad global podría aumentar o reducirse. Por otro lado, si los países muy poblados son generalmente pobres, el efecto de convergencia es nulo, la globalización en general favorece a los países pequeños y produce un ensanchamiento de la distribución nacional de la renta, entonces el efecto final sería el aumento de la desigualdad global.

Esto sirve para ilustrar un punto fundamental: incluso si los efectos de la globalización sobre (i) la desigualdad interna de las naciones, (ii) la convergencia de las rentas medias y (iii) los países muy poblados frente a los países pequeños no fueran ambiguos y no cambiaran a lo largo del tiempo, el impacto de la globalización sobre la desigualdad global variará en función del lugar de la distribución internacional de la renta donde estén situados los países con diferentes atributos en un determinado momento del tiempo. Esto implica, evidentemente, que todas las afirmaciones sobre las relaciones entre globalización y desigualdad global son específicas para un momento temporal determinado, dependen de la historia previa de la renta y no son de carácter general (véase **Figura 2**).

5. ¿Qué importancia tiene la desigualdad global?

Existen dos puntos de vista sobre este tema (como sobre casi todo el resto de lo analizado aquí). Un grupo piensa que la desigualdad global es irrelevante y exponen dos razones en su defensa. Según Bhagwati (2004), el simple cálculo de la desigualdad global es una

Figura 2. Distribución de personas según la RIB per capita del país donde viven (año 2000)



Nota: eje horizontal= RIB per capita en precios internacionales de 1995; eje vertical= porcentaje de la población mundial.

Fuente: Milanovic (2005, pág. 94)

«locura». No es más que un simple número. No existe ningún «destinatario» a quien este simple número importe, porque no existe un gobierno global ni una sociedad civil global. Desde este punto de vista, las desigualdades nacionales tienen importancia porque se convierten en materia del discurso político. Se utilizan para formar partidos políticos, plataformas y para organizar grupos de interés. Pero nada de eso existe en el ámbito global, porque no hay una política global. Otra de las razones que se aducen para defender la irrelevancia de la desigualdad global (o, de ser cierto, de toda desigualdad) es que lo único que importa a pobres y ricos por igual son los cambios en la renta absoluta (Krueger, 2002; Feldstein, 1999). En palabras de Ann Krueger (2002), «las personas pobres están desesperadas por mejorar sus condiciones materiales [...] y no tanto por ascender en la [escala de la] distribución de la renta». Por tanto, a estos autores ni siquiera les importa si aumenta la distancia absoluta entre las rentas de un africano medio y de un norteamericano medio. Después de todo, afirman, el africano medio será un poco menos pobre. Por supuesto, dicha idea asume que la relación entre nuestra renta y la renta de los demás no tiene importancia. Sin embargo, esta conclusión contradice los estudios psicológicos que invariablemente muestran que las personas no sólo se preocupan por sus ingresos absolutos en dólares sino también por su posición en la pirámide social y en si consideran que esta posición es justa (Graham y Felton, 2005; Frank, 2005)³⁹.

O, por el contrario, puede que la desigualdad global tenga importancia. Este punto de vista también tiene diversos enfoques. Para Pogge y Reddy (2002) y para Singer (2002), la pobreza global y la desigualdad global son cuestiones éticas; el mundo rico no puede pretender falta de interés por la pobreza y la desigualdad global: hasta cierto punto, la suerte de cualquier individuo del mundo nos afecta. Desde una perspectiva ética, no hay ninguna diferencia entre la justicia distributiva dentro de una nación o en el mundo en general (véase Singer, 2002, cap. 5).

Existen también razones más pragmáticas por las cuales la desigualdad global tiene importancia. Kuznets (1965 [publicado por primera vez en 1954], págs. 173-74) las formuló hace unos cincuenta años:

Como sólo mediante el contacto se crean el reconocimiento y la tensión, podría afirmarse que la reducción de la miseria física asociada con los niveles bajos de renta y consumo [...] posibilita un incremento de las tensiones políticas en vez de una reducción, porque la miseria política de los pobres, la tensión que crea la observación de una riqueza mucho mayor en otras comunidades [...] puede que sólo haya aumentado.

Cuando las personas se observan e interactúan, ya no sólo comparan sus ingresos y los de los demás con la vara de medir nacional, sino desde una perspectiva internacional o global. La globalización puede servir para aumentar la consciencia de los ingresos que perciben otras personas y de ahí la percepción (el conocimiento) de las desigualdades entre los ricos y los pobres. Si aumenta la consciencia de los pobres, su nivel de aspiraciones cambia: puede que ya no se queden satisfechos con pequeñas mejoras en sus propios ingresos reales si sa-

³⁹ No sorprende que las personas ricas tengan menos aversión a la desigualdad (véanse, por ejemplo, los resultados de los informes del World Bank, 2005, pág. 85)

ben que otras personas ganan mucho más⁴⁰. Por lo tanto, el proceso de globalización puede cambiar por sí mismo la percepción que cada uno tiene de su propia situación y aunque la globalización sirviera para aumentar los ingresos reales de todo el mundo, podría exacerbar, en lugar de moderar, los sentimientos de desánimo y de penuria entre los pobres.

En ese sentido, la globalización no es distinta del proceso que llevó a la creación de los modernos Estados-nación a partir de aldeas apartadas y a menudo aisladas unas de otras. La distribución nacional de la renta también era una abstracción para personas que no se relacionaban unas con otras y casi ignoraban la existencia y el modo de vida de los demás. Sin embargo, desde el momento en que nacieron los Estados-nación comenzó a hablarse de la desigualdad nacional, simplemente porque las distintas personas podían comparar su propio nivel de vida y juzgar si las diferencias en la renta eran justas o no. Si creemos que el proceso de globalización avanzará lentamente hacia la formación de una política global, entonces la desigualdad global se convertirá en un asunto relevante. Porque resulta difícil imaginar un intercambio completamente libre de bienes, tecnología e información, transferencias de capital y cierta libertad de movimiento de las personas, que pueda durar mucho tiempo sin la creación de una política global y de procesos de toma de decisiones de ámbito global.

Si es así, tenemos que elaborar ciertas normas para la redistribución global. En este punto es preciso hacer una advertencia. Las grandes diferencias de renta en el mundo se deben principalmente, como hemos visto, a las grandes diferencias entre las rentas medias de los países. Desde comienzos de la década de los ochenta muchos países del mundo, con frecuencia de los más pobres, han sufrido fracasos sistemáticos en su crecimiento. Para reducir las diferencias de renta entre individuos es fundamental aumentar la tasa de crecimiento de los países pobres. Admitida la importancia del crecimiento, puede que además sea necesario (¿deseable?) reducir las discrepancias de renta mediante la redistribución global para apoyar la tasa de crecimiento de un determinado número de países. Para orientar estas políticas redistributivas necesitamos definir algunas reglas simples.

La primera regla, que podría llamarse *regla de progresividad 1* (compañera del *Concepto 1* de desigualdad), es que los fondos deberían fluir de un país rico (de renta media rica) a un país pobre (de renta media pobre). Este requerimiento puede satisfacerse fácilmente. Incluso la ayuda bilateral que se proporciona en la actualidad se realiza de los países ricos a los pobres (y no al revés). Pero en un mundo global esto no es suficiente. La redistribución tiene que ser globalmente progresiva, es decir, satisfacer los mismos criterios requeridos para la redistribución dentro de un Estado-nación. Esto quiere decir que el contribuyente debería ser más rico que el beneficiario de la transferencia. Tanto la *regla de progresividad 1* como la progresividad global pueden satisfacerse (como muestra la **Figura 3** en los puntos B_1 y T_1) cuando el beneficiario es un individuo relativamente rico en un país pobre y el contribuyente un individuo relativamente pobre en un país rico. Precisamente, la idea de que muchas transferencias acaban en los bolsillos de la élite rica de los países pobres está alimentando el actual descontento con la ayuda multilateral y bilateral. Por tanto, el tercer

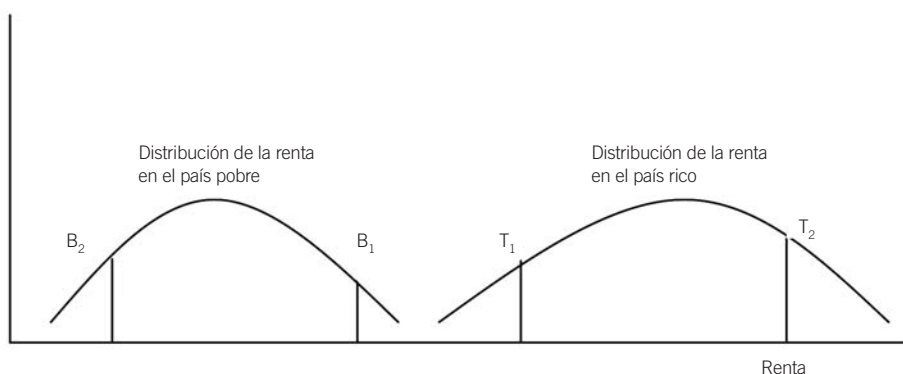
⁴⁰ Evidentemente, se trata de una conjetura. No contamos, que yo sepa, con ningún estudio que investigue los efectos del consumo internacional sobre la percepción interna de bienestar. Es un área que merecería más investigación.

requerimiento debería ser que las transferencias se hicieran de tal manera que redujeran la desigualdad en ambos países, el donante y el receptor. Esto sólo ocurrirá si el contribuyente es relativamente rico, incluso dentro de su propio país, y el beneficiario es relativamente pobre en su propio país. Es la situación que ilustran los puntos T_2 y B_2 . (Ver Figura 3)

Estos tres requisitos de las transferencias globales podrán satisfacerse más fácilmente cuando las distribuciones de los ricos y de los pobres no se solapan. Éste es el caso, por ejemplo, de Francia y la Indonesia rural (ilustrado en la **Figura 1**). Incluso si la ayuda monetaria a beneficiarios indonésicos se realizara de manera aleatoria, la progresividad global está garantizada ya que prácticamente ninguna persona de la Indonesia rural está más acomodada que el francés más pobre. Pero el caso cambia cuando pensamos en una transferencia entre Francia y Brasil. Entonces, si asumimos que el contribuyente pertenece a la clase media francesa (digamos cercano a la mediana de la distribución de la renta francesa), una asignación puramente aleatoria de ayuda a Brasil produciría una probabilidad no despreciable de un 10 por ciento de que la transferencia fuera regresiva⁴¹. Esto significa que al diseñar las transferencias globales necesitamos tener en cuenta las distribuciones internas de renta y rasgar el velo de la incertidumbre relativa a quién exactamente recibe la ayuda dando preferencia a países pobres e igualitarios, porque las transferencias a esos países raramente serán globalmente regresivas.

Esto es así si asumimos que no tenemos ninguna información sobre la distribución de los beneficios. Pero es preferible intentar dirigir los beneficios hacia los pobres de los países pobres. ¿Cómo hacer tal cosa? Mediante la creación de un ente global (una institución) que sería financiada mediante una tasa impuesta a los ricos de los países ricos (es decir, un impuesto sobre bienes o actividades con elasticidad renta muy elevada) que transferiría estos fondos a *individuos* pobres en países pobres. La idea de una redistribución global mediante impuestos que serían recaudados por un ente internacional puede parecer inverosí-

Figura 3. *Transferencia progresiva globalmente*



Nota: T= contribuyente. B= beneficiario.

⁴¹ Dicho de otro modo, un 10 por ciento de los brasileños tienen ingresos superiores a los del francés medio.

mil a día de hoy, pero el desarrollo de los acontecimientos que hemos presenciado recientemente –fuera del Estado-nación– sugiere que puede llegar a ocurrir con el tiempo. Dicho ente no debería ser otro organismo internacional como la Organización de las Naciones Unidas o el Banco Mundial. En realidad, la nueva institución debería seguir el ejemplo de la globalización. Si se le faculta para recaudar su propia financiación, debería abstenerse de tratar con gobiernos que a menudo han desperdiciado la ayuda internacional. En vez de ello, debería tratar directamente con las ONG nacionales y ciudadanos individuales en los países pobres y distribuir los fondos recogidos en forma de subsidios en metálico. Hay que señalar que dicha institución introduce una simetría en sus relaciones con los países ricos y los países pobres. Sustraer parte de la soberanía de los países ricos (porque diluye su capacidad recaudatoria), pero también parte de la soberanía de los pobres, ya que ayuda directamente a los ciudadanos pobres de esos países sin pedir una autorización a sus gobiernos.

Una oportunidad parecida que se desperdició a comienzos de la década de los noventa puede servir de ejemplo de lo que se está sugiriendo aquí. Cuando Rusia se enfrentó a su peor crisis, la ayuda debería haber sido desembolsada directamente en metálico a los ciudadanos más necesitados (por ejemplo, los pensionistas cuyos ingresos se desplomaron a causa de la inflación y el caos generalizado), en vez de entregársela al régimen corrupto de Yeltsin. Una organización internacional como la que tenemos en mente sencillamente podría haber utilizado la infraestructura existente en el Estado ruso, las nóminas de los pensionistas, y distribuido subsidios en metálico a unos 20 millones de pensionistas rusos. Sería un dinero mucho mejor gastado que si se entrega la misma cantidad al gobierno, y los ciudadanos recordarían afectuosamente haber recibido dinero de la comunidad internacional en vez de culpar a esa misma comunidad por transferir fondos a líderes corruptos. En la actualidad podría aplicarse ese mismo sistema en multitud de países, desde Angola hasta Zimbabwe. Es un método simple y poderoso que requiere tres pasos: conseguir fondos de los globalmente ricos, no tratar con los gobiernos de las naciones ricas ni de las pobres y transferir fondos *en metálico* a los pobres.

Aunque quienes defienden una globalización exclusivamente dirigida por el sector privado pueden tomarse a mal la idea de conferir autoridad recaudatoria por primera vez en la historia a una institución global, no pueden dejar de reconocer que el mismo proceso que apoyan socava, en un giro irónico, su propia posición. La globalización actual evidencia la brecha producida por la riqueza y hace más cuestionable la justicia de la distribución global existente. Al final, llegarán a darse cuenta de que por su propio interés deberían apoyar algún tipo de acción global para reducir tanto la pobreza... como la desigualdad.

6. Referencias

- Atkinson, Anthony B. y Andrea Brandolini (2004), "Global world inequality: Absolute, relative or intermediate", Ponencia preparada para la vigésimo octava conferencia de la International Association for Research in Income and Wealth, Cork, Ireland, 22-28 de agosto, 2004.
- Balassa, Bela (1985), "Exports, policy choices and economic growth in developing economies after the 1973 oil shock", *Journal of Development Economics*, vol.18, No. 1, págs. 23-35.
- Bauer, John y Andrew Mason (1992), "The distribution of income and wealth in Japan", *Review of Income and Wealth*, vol. 38. no. 4, págs. 403-428.
- Baumol, William (1986), "Productivity growth, convergence, and welfare: What the long-run data show", *American Economic Review*, vol. 76, diciembre, págs. 1072-1116.

La desigualdad mundial de la renta: qué es y por qué es importante

- Berry Albert, Francois Bourguignon, and Christian Morrisson (1983), "Changes in the world distribution of income between 1950 and 1977", *Economic Journal*, vol. 93, junio, págs. 331-50.
- Bhagwati, Jagdish (2004), *In defense of globalization*, Oxford University Press.
- Bhalla, Surjit (2002), *Imagine There is No Country*, Washington, D.C: Institute for International Economics.
- Boltho, Andrea y Gianni Toniolo (1999), "The assessment: the twentieth century-achievements, failures, lessons", *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 15 (invierno), No. 4, págs. 1-17.
- Bourguignon, Francois y Christian Morrisson (2002), "The size distribution of income among world citizens, 1820-1990", *American Economic Review*, septiembre, págs. 727-744.
- Brandt, Loren y Carsten Holz (2006), "Spatial price differences in China: Estimates and implications", *Economic Development and Cultural Change*, de próxima publicación. Disponible en <http://ihome.ust.hk/~socholz/SpatialDeflators.html>.
- Capeau, Bart y Andre Decoster (2004), "The rise or fall of world inequality: A spurious controversy", WIDER Discussion paper No. 2004/02. Disponible en <http://www.wider.unu.edu/publications/publications.htm>.
- Chotikapanich, D., Valenzuela, R. and Rao, D. S. P. (1997). "Global and regional inequality in the distribution of income: estimation with limited and incomplete data." *Empirical Economics*, vol. 22, págs. 533-546.
- Concialdi, Pierre (1997), "Income distribution in France: the mid 1980s turning point" en *Changing patterns in the distribution of economic welfare. An international perspective*, editado por Peter Gottschalk, Bjorn Gustafson, y Edward Palmer, Cambridge University Press, págs. 239-264.
- Cornia, Giovanni Andrea y Sampsa Kiiski (2001), "Trends in Income Distribution in the post WWII Period: Evidence and Interpretation" WIDER Discussion paper 2001/89. Disponible en <http://www.wider.unu.edu/research/1998-1999-3.1.publications.htm>. versión revisada publicada en Giovanni Andrea Cornia (ed.), *Inequality, growth and poverty in an era of liberalization and globalization*, UNUWIDER y Oxford University Press, 2004, págs. 26-56.
- Deaton, Angus (2003), "Measuring poverty in a growing world (or measuring growth in a poor world)", NBER Copia de trabajo 9822, junio. disponible en <http://www.wss.princeton.edu/~deaton/working.htm>. Versión revisada publicada en *Review of Economics and Statistics*, vol. 1, págs. 1-19, febrero 2005.
- Deaton, Angus y Jean Drèze (2002), "Poverty and inequality in India: A reexamination", *Economic and Political Weekly*, 7 de septiembre, 2002, págs. 3729-3748.
- DeLong, Bradford y Steve Dowrick (2003), "Globalization and convergence", Cap. 4 de M. Bordo, A. M. Taylor y J. Williamson (eds.), *Globalization in Historical Perspective*, Chicago: Chicago University Press.
- Dikhanov, Yuri and Michael Ward (2001), "Evolution of the global distribution of income, 1970-99", agosto 2001 borrador.
- Dollar, David y Aart Kraay (2002), "Growth is good for the poor", *Journal of Economic Growth*, vol. 7, págs. 195-225.
- Dowrick, Steve y Jane Golley (2004), "Trade openness and growth: Who benefits", *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 20, No. 1, págs. 38- 56.
- Dowrick, Steve y Muhammed Akmal (2001), "Contradictory trends in global income inequality: A tale of two biases", borrador 29 marzo 2001, disponible en <http://ecocomm.anu.edu.au/economics/staff/dowrick/dowrick.html>, published in *Review of Income and Wealth*, June 2005, vol. 51, No. 2, págs. 201-230.
- Edwards, Sebastian (19998), "Openness, productivity and growth: what do we really know", *Economic Journal*, págs. 383-398.
- Feldstein, Martin (1999), "Reducing poverty not inequality", *Public Interest*, otoño 1999, págs. 34-43.
- Firebaugh, Glenn (2003), *The New Geography of Global Income Inequality*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Frank, Robert H. (2005), "Positional externalities cause large and preventable welfare losses", *American Economic Review Papers and Proceedings*,. Vol. 95. No. 2, págs. 137-151.
- Freeman, Richard B. (1995), "Are your wages set in Beijing?", *Journal of Economic Perspectives*, vol. 9 (verano), No. 3, págs. 15-32.
- Graham, Carol y A. Felton (2005), "Does inequality matter to individual welfare? An exploration based on household surveys in Latin America", Center on Economic and Social Dynamics Copias de trabajo serie No. 38., Brookings Institutions, Washington D. C.
- Grosh, Margaret E. y E. Wayne Nafziger (1986), "The computation of world income distribution", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 34, págs. 347-359.
- Ishizaki, Tadao (1985), "Is Japan's income distribution equal? An international comparison", *Japanese Economic Studies*, vol. 14, No. 2, págs. 30-55.
- Jiang Zhiyong (2006), "China component in international income inequality", *Population Research and Policy Review*, próxima publicación.
- Kravis, Irving, Alan Heston y Robert Summers (1978), "Real GNP per capita for more than one hundred countries", *Economic Journal*, vol. 88, págs. 215-242.
- Krueger, Anne O., (2002), "Supporting globalization", Comentarios en la Eisenhower National Security Conference sobre "National Security for the 21st Century: Anticipating Challenges, Seizing Opportunities, Building Capabilities" 26 de septiembre, 2002. Disponible en <http://www.imf.org/external/np/speeches/2002/092602a.htm>.
- Kuznets, Simon (1965), *Economic Growth and Structure: Selected Essays*, New Delhi: Oxford & IBH Publishing Company.

- Lanjouw, Jean, Peter Lanjouw, Branko Milanovic y Stefano Paternostro. "Relative price shifts, economies of scale and poverty during economic transition", *Economics of Transition*, vol. 12, septiembre 2004, págs. 509-536.
- Maddison, Angus (2004), "World population, GDP and GDP per capita, 1-2000 AD". Disponible en <http://www.eco.rug.nl/~Maddison/>.
- Milanovic, Branko (2002), "True world income distribution, 1988 and 1993: First calculations based on household surveys alone", *Economic Journal*, vol. 112, No. 476, enero, págs. 51-92.
- Milanovic, Branko (2002a), "The Ricardian vice: Why Sala-i-Martin's calculations of world income inequality are wrong", mimeo. Disponible en www.ssrn.com.
- Milanovic, Branko (2005), *Worlds Apart: Global and International Inequality 1950-2000*, Princeton University Press.
- Milanovic, Branko (2005a), "Can We Discern the Effect of Globalization on Income Distribution? Evidence from Household Budget Surveys", *World Bank Economic Review*, abril, No. 1, 2005, págs. 21-44.
- Mistiaen, Johan y Martin Ravallion (2003), "Survey compliance and the distribution of income", World Bank Working Paper No. 2956, enero.
- Pogge, Thomas W. y Sanjay Reddy (2002), "Unknown: The extent, distribution, and trend of global income poverty", versión 26 de julio. Disponible en <http://www.columbia.edu/~sr793/povpop.pdf>.
- Quah, Danny (1999), "6 x 109: Some dynamics of global inequality and growth", typescript, diciembre 1999, disponible en <http://econ.lse.ac.uk/staff/dquah/p9912sbn.pdf>
- Ravallion, Martin (2000), "Should poverty measures be anchored to the national accounts?" *Economic and Political Weekly*, 34 (26 de agosto), págs. 3245-3252.
- Ravallion, Martin (2001), "Growth, inequality and poverty: looking beyond averages", *World Development*, vol. 29, n11, noviembre, págs.1803-15.
- Ravallion, Martin (2004), "Competing concepts in inequality debate", *Brookings Trade Forum 2004*, Brookings Institution: Washington, págs. 1-23.
- Ravallion, Martin and Shaohua Chen (2006), "China's (uneven) progress against poverty", *Journal of Development Economics*, próxima publicación.
- Sachs, Jeffrey and David Warner (1997), "Fundamental sources of long-run growth", *American Economic Review*, vol. 87, No. 2, págs. 184-188.
- Sala-i-Martin, Xavier (2002), "The Disturbing 'Rise' of World Income Inequality", NBER Copia de trabajo No. 8904, abril. disponible en www.nber.org.
- Sala-i-Martin, Xavier (2002a), "The World Distribution of Income", NBER copia de trabajo No. 8905, mayo. Disponible en www.nber.org.
- Schultz, T. P. (1998). "Inequality in the distribution of personal income in the world: how it is changing and why." *Journal of Population Economics*, vol. 11, No. 3, págs. 307-344.
- Singer, Peter (2002), *One World: The Ethics of Globalization*. New Haven, USA: Yale University Press.
- Slaughter, Matthew (1999), "Globalization and wages: A tale of two perspectives", *World Economy*, vol. 22, n5, julio, págs. 609-29.
- Sutcliffe, Bob (2003), "A more or less unequal world? World income distribution in the 20th century", University of Massachusetts Amherst, Political Economy Research Institute, Working Paper Series, No. 54. Publicada como "World Inequality and Globalization", *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 20, No. 1, págs. 15-37.
- Svedberg, Peter (2003), "World income distribution: which way", Institute for International Economic Studies, Stockholm. Publicado en *Journal of Development Studies*, vol. 40, No. 5, junio 2005, págs. 1-32.
- Wagner, Gert y Markus Grabka (1999) "Robustness assessment report (RAR) Socio-Economic Panel 1984-1998", German socio-economic Panel, Berlin. Disponible en <http://www.lisproject.org/techdoc/ge/ge94survey.doc>.
- Winters, Alan, Neil McCulloch y Andrew McKay (2004), "Trade liberalization and poverty: Evidence so far", *Journal of Economic Literature*, vol. 42, marzo, págs. 72- 115.
- World Bank (2002), *Globalization, Growth and Poverty: Building an Inclusive World Economy*, Policy Research Report, Washington, D. C.: World Bank.
- World Bank (2005), *World Development Report 2006: Equity and Development*, World Bank y Oxford University Press: Washington.